

EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 REALES TRIMESTRE. | INSTRUCCION--RECREO.--UTILIDAD. 15 REGALOS CADA MES.

SUMARIO.—Juguetes literarios, por don J. M. Marin.—El Expósito, por don M. J. Ruiz.—La Ascension del Señor, poesía, por don Dámaso Delgado Lopez.—Las Aves, por don Pablo Martí y Manresa.—La Aurora, poesía, por don José R. Garnelo.—Revista local, por Fierabrás.—Libertad en el amor, soneto, por don Julio de Eguilaz.—A mi perro, soneto, por don J. M. Bello.—Ideas, poesía, por don M. J. Ruiz.—Bibliotecas en los hospitales.—Miscelánea.—Charada, por don J. M. Bello.

JUGUETES LITERARIOS,

POR

J. M. MARIN.

(Continuacion.)

XXIV.

Las calaveras.

Una calavera es el objeto que mas fascinacion debe ejercer sobre la mente del pensador, del filósofo, y del poeta.

Los cráneos!

¡Qué idea tan aterradora está estereotipada sobre su bruñida frente!

¡Qué espresivos son sus vacíos ojos!

¡Qué elocuente su desierta y huesuda boca donde centellea fijo é inmóvil un sarcasmo de ultra-tumba!

Lamartine cuenta, en su viaje á Oriente, que en las cercanías de Jaffa, vió desde el lomo de su dromedario, destacarse en medio de una llanura una torre que, sin saber por qué, atrajo vivamente su atencion....

Aquella torre era alta y blanca como un minarete; pero minarete sin mezquita, aislado mudo, y misterioso...

Añade el gran poeta francés que esci-

tado por una profunda curiosidad dirigió su marcha hácia allá, y que al mirarla de cerca, se sintió dominado por el espanto y la conmiseracion.

La torre era un obelisco inmenso formado de calaveras.

Diez mil rebeldes decapitados por orden del Bajá del territorio habian dado *el material* para la lúgubre construccion.

Aquello era el producto de la reunion momentánea del Génio de la muerte y de la Musa de la Arquitectura.

¡Qué sensacion tan triste debió experimentar el bueno y noble autor de *Las Armonías!*

Sabido es que la célebre Ana Radcliff, génio siniestro cuya pluma cortó el espanto, al descubrir de noche en su solitario gabinete, las horrorosas páginas de sus libros, se servía ¡lámpara singular! de una calavera en cuyo interior colocaba un pedazo de bujía.

¡Cuán bien se refleja en sus obras el fulgor de aquella vela!

Cuando una cabeza viva se encuentra por azar en frente de una calavera, se establece entre las dos, por medio de una contemplacion inevitable, un diálogo, aunque mudo, supremo...

Luego la cabeza que vive se aleja y olvida.

Y olvida porque sinó, no podría vivir.

XXV.

El circo.

Hé ahí el Anfiteatro!

De su círculo inmenso henchido de innumerable é impaciente muchedumbre

se exhala un murmullo imponente, aterrador...

Cinturon de piedra que encierra en su centro trescientas mil criaturas, es el recinto predilecto donde Roma pagana se embriaga de sangre y de furor!

Ya han llegado, tomado asiento y esperan al pueblo los viejos senadores, los guerreros, los jóvenes libertinos, las hermosas patricias, las lascivas cortesanas, los tribunos, los próceres, los hechiceros, los histriones...

Mirad aquel palco: es el de las Vestales. Allí están ya, también, doce mugeres, reputadas vírgenes, envueltas en blanquísimos velos, silenciosas é inmóviles como estatuas de alabastro, y que se encuentran allí para decidir si el atleta vencedor ha de acabar ó dejar con vida al gladiador vencido.

La arena está desierta.

Solo la recorren de vez en cuando algunos hombres que visten un traje particular: son los Mercurios y Plutones.

El traje de los primeros es tal como aquel con que la Mitología adorna al dios cuyo nombre llevan: el de los segundos consiste en un largo hábito negro sembrado de menudas estrellas de plata, llevando en la cabeza un gorro puntiagudo de igual color y adorno.

Van armados aquellos de una larga y flexible vara de acero, cuya punta candente está destinada á sumergirse en las heridas de los esclavos que han sucumbido, para adquirir la certidumbre de su muerte.

Los otros á su vez blanden largos martillos de hierro destinados á destrozarse los cráneos de las víctimas que tardan en morir.

Cada cual está, pues, en su puesto y solo se espera á César.

A César, divino, Augusto, vencedor!

A César, emperador de Roma, delicias del mundo, señor del Universo!

A César que llega...

¡Vedle!

La cortina purpúrea del palco imperial acaba de descenderse.

Un joven, ceñidas sus sienes con un laurel de oro, aparece tras ella...

Seiscientas mil manos batiendo palmas saludan á César que sonríe y se sienta...

Se sienta donde lo han hecho ó lo harán, Caracalla, Calígula, Tiberio, Cómodo y Neron!

Se sienta, no sin mirar antes si á sus espaldas brillan, como de costumbre, las cuchillas de las hachas de las Haces Romanas.

Hace una señal con la punta de su manto, y el espectáculo principia.

Principia, sí... ¡qué horror!

Principian los combates á muerte, las luchas espantosas...

Saltan al circo los leones, las panteras, los osos, los elefantes, los cocodrilos...

Y para ser juguete de estas fieras salen también las resignadas, magestuosas, y sublimes falanjes cristianas.

Ruje el león! rabia el tigre! patea el elefante!

La carnicería y la degollación visten al circo un tapiz encarnado de inocente sangre...!

¡Honor á César!

¡Los que van á morir te saludan!

¡Qué estravíos tan lamentables padecía la antigüedad!

Divertirse con los tigres y panteras!... Consolémonos con la idea de que aquella barbarie pasó.

Pasó para convertirse en una Plaza de Toros.

(Se continuará.)

EL EXPÓSITO.

Hay un ser sobre la tierra cuya existencia, ora se desliza entre el fausto deslumbrador de las riquezas, ora resbala lenta y apenada entre los sinsabores de la miseria, debe ser un suplicio continuo, una especie de agonía moral que enerva el cuerpo y abate el espíritu.

Este ser es el expósito.

Concebido entre sustos y temores, na-

cido entre comprimidos sollozos á la sombra del misterio, es arrojado casi al tiempo mismo de exhalar su primer gemido en los brazos de la Beneficencia oficial, sin haber quizás recibido un ósculo de la muger que lo llevó en sus entrañas y sin que una lágrima arrancada por el maternal amor humedeciera su frente virginal.

Fruto del repugnante vicio ó de un criminal extravío, desde el instante mismo en que abre sus ojos á luz del día es mirado, si no con aversion, con temor al menos por los que el ser le dieron, para quienes es ó un *estorbo*, ó un cartel que denuncia el libertinage del padre y la liviandad de la madre; libertinage y liviandad que encuentran su expiacion en las torturas del remordimiento, si los corazones de aquellos son accesibles al amor y al sentimiento, lo cual es dudoso cuando sacrifican los afectos de la naturaleza á las imperiosas exigencias de la sociedad, injusta las mas de las veces, apartando de su lado y negando su nombre al ser inocente que engendraron.

Amamantado por una muger que no es su madre, el expósito crece entre personas á quienes no puede inspirar otro sentimiento que el de la compasion y de las que si alguna vez recibe caricias, son de esas que nada dicen al corazon y que se prodigan mas por costumbre que por ternura.

Sin que nadie se interese por su porvenir, que vele sus sueños de niño, que amoroso le sonría al despertar; sin hallar á su lado quien con tierna solicitud le trate, quien cariñoso le dispense sus infantiles travesuras; sin poder dar á nadie los dulces y consoladores nombres de madre y padre, ignorando siempre los de aquella y de éste, el expósito vive como esas plantas solitarias que crecen sin apoyo y sin abrigo, espuestas al rigor de los vientos y sin que nadie les demande fresca sombra y grato reposo.

Desdeñado injustamente por la sociedad que con su desvío quiere castigar en

él la falta de sus padres, que sin culpa expía, sufre el lento y apenador tormento de ver á los demás apartarse de su lado, como se aparta el viajero de esas plantas malditas cuya sombra es mortífera ó de esos pantanos cuyas emanaciones envenenan á cuantos á ellos se avecinan.

La indignacion que le produce tan injustificado desden, cuando por su misma desgracia debiera inspirar á todas mayores simpatías, es causa de que alguna vez maldiga á los desnaturalizados autores de sus dias, que sin piedad le abandonaron á la caridad oficial, legándole la vergüenza y negándole las santas afecciones de la familia.

El expósito aparece ante nuestro ojos ennoblecido por su desgracia y lo consideramos por tanto mas digno de lástima que de desden. ¿Qué culpa tiene en deber su existencia á una pasion vergonzosa ó á un extravío criminal? ¿Por qué ha de mirársele con desprecio como si se quisiera hacerle responsable de haberse faltado en su concepcion á las leyes del honor ó del deber?

Nosotros cuando visitamos alguna casa de expósitos nos sentimos profundamente conmovidos y se despierta en nuestro corazon poderosa simpatía hácia los seres que la pueblan. No les falta el sustento, porque la caridad provee á sus necesidades; pero les falta un nombre, les faltan los cuidados y la ternura maternal, y esto es una desgracia que no puede menos de recomendarlos á las almas generosas.

M. J. Ruiz.

LA ASCENSION DEL SEÑOR.

Con vaga dulcedumbre
Enrollóse la niebla tras del monte;
Y en la celeste cumbre,
Rodando el globo de encendida lumbre
Iluminó el espléndido horizonte.

Las aves despertaron
Y entre brisas y flores se esparcieron:
Trinos de amor lanzaron
Que tristes por los aires entonaron

Murmuró la maleza
 Y acompañando las movibles frondas
 De salvaje belleza,
 Imitó su rumor con su fiereza
 En su inmenso gemir del mar las ondas.
 Y todo en la Natura
 Era luto, tristeza y desconsuelo:
 La humana criatura
 En medio de la lumbre que fulgura
 Vé el Hacedor que se remonta al cielo.
 Y aflijida y doliente
 Ante su ausencia se postró de hinojos
 Y en oración ferviente
 El dulce llanto de su amor presente
 Sin cesar derramaba por sus ojos.
 Que ya desvanecida
 Huir vió con tu ausencia la bonanza
 Que acarició su vida
 Al mirar que entre nubes va perdida
 La dorada ilusión de su esperanza.
 Sin pastor y sin guía
 Quedó tu grey en su dolor profundo,
 Sin goces ni alegría;
 Solo la lobreguez de noche umbria,
 Triste miraba cobijar el mundo.
 Que huyéronse veloces
 Sus placeres y encantos y ventura,
 Y en vez de puros goces
 Teme lleguen atroces
 La pena y el dolor y la amargura.
 Tu hueste atribulada
 Ya no podrá luchar en la pelea
 Con Satan comenzada,
 Que de tu dulce amparo abandonada
 No verá apoyo que su escudo sea.
 Y miseros mortales
 Hoy llorarán en su horfandad y duelo,
 Y huyendo de los males
 Y tentadoras luchas infernales,
 Vivirán en tristeza y desconsuelo.
 Verán noche sombría
 Perdida ya de su placer la calma
 Y goces y alegría,
 Porque negra y mortal melancolía
 De triste luto llenará su alma.
 Solo preces en tanto
 A tí dirigirán con tierno acento
 Y religioso canto,
 A tí, Señor, que omnipotente y santo
 Nos miras desde el alto firmamento.
 Y con tu fé escudados,
 Tu fé, Señor, que en nuestro pecho alienta,
 Juntos y alborozados
 Con loores y cánticos sagrados
 Huiremos del pecado la tormenta.
 Y allí bajo tu planta
 Con entusiasmo y con fervor profundo,
 Pura su voz levanta
 Sumisa el alma que de hinojos canta
 Loor eterno al Redentor del mundo.

Dámaso Delgado Lopez.

LAS AVES.

Hay unos seres que pueblan los mas
 elevados picos de las escabrosas montañas,
 las copas de gigantescos árboles, las
 orillas del mar potente y de los fecundantes
 rios; viven tambien y habitan la morada
 veneranda del hombre albergándose
 en las poblaciones; y estos seres son los
 canoros volátiles vestidos de infinitos y
 variados colores.

Para ellos no hay ente sobre el globo
 terráqueo que no les rinde vasallage. Tienen
 por tributarios el anchuroso espacio,
 el bravío mar, y la productiva tierra.

Pasean todas las zonas volando por los
 aires, cual corre una cometa en las regiones
 celestes. Desde allí con penetrante
 mirada ven pequeño el mundo que nos
 sostiene, y parece que van huyendo de
 nosotros para residir en la region reluciente
 de las estrellas. ¡Oh! dichosas vosotras
 cuyo poder se estiende mas allá do
 alcanza la vista humana; y con vuestro
 vuelo llegais hasta la region de las nubes,
 desde donde nace el reluciente y destructor
 rayo padre del retumbante y aterrador
 trueno.

¡Védlas! como nadan en azuladas aguas
 y con sus fuertes y largos picos pescan la
 gran variedad de peces que habitan el
 mar profundo.

¡Védlas! rodear en torno de una frágil
 nave que lucha de continuo contra inmensas
 moles de agua que quieren sumergirla en los
 abismos de los insondables mares. ¡Admirádas!
 que allí están para dar é comprender al infeliz naufrago que
 sobre lo material hay lo eterno.

¡Védlas! entre el mar embrevado, cuál
 revolotean encima de las espumosas olas.
 Vuestro poder es grande; luchais contra
 la tempestad marina y sois las compañeras
 del hombre de mar en los ricios temporales.
 ¡En todas partes se deja conocer el poder
 divino!

Cuanto existe en la superficie de la
 tierra es suyo; ellas disponen de la ver-

de yerba, de las fructíferas plantas, del retoño arbusto y del corpulento árbol. Beben en riquísimos manantiales de cristalinas aguas, traspasan volando caudalosos ríos y dan vueltas sin abatirse por encima de cenagosos lagos: hasta disponen de la mansión del hombre para construir sus instintivos y bien dispuestos nidos. ¡Oh cuánta grandeza os legó el Ser Supremo, candorosas aves!

Las cualidades que os adornan no tienen rival en la pródiga Naturaleza. La estructura física que os distingue, el Omnipotente la crió sola. La sonoridad de vuestro canto abre la vida del sentimiento. Cuando amanece, vuestro primer saludo se dirige al rubicundo Apolo; mas tarde, la vanidad se cierne en vosotras y articulais frases humanas; despues, allá en el ocaso de la vida, vibra la voz para cantar la fiera parca. Los colores infinitos de vuestro incomprensible plumaje son hermosos por lo variados; entre ellos hay los dorados del sol, los plateados de la luna, la blancura de la nieve, el escarlata del fuego, el verde de los campos y el azul celeste. ¿Qué artista sería capaz de imitar exactamente tanta belleza? Ninguno, porque se conoce. Entonces ¿existe algún ente superior á las aves? Sí: solo el hombre que tiene conocimiento intuitivo de su ser.

Pablo Martí y Manresa.

LA AURORA.

Aun el manto de la noche
Que los cielos encapota
Muestra encendidas, brillantes,
Las estrellas que le bordan,
Y el prado en prisiones tiene
Murmulllos, brisas y aromas,
Cuando en el cóncavo espacio
Se oye á intervalos dudosa
La cantinela de un ave
Que á los cielos se remonta:
—¿Quién es aquella que osada
Por cima las nubes flota?
Preguntan las florecillas
A las auras que reposan.
—¿No lo sabeis por ventura?

¿No la conocéis? La alondra.

—¿Qué busca insomne?

—La luz.

—¿A quién le canta?

—A la aurora.

Las flores desde el momento
Van abriendo presurosas
Los vergonzosos capullos
En que guardan sus corolas,
Y de sus vírgenes cálices
Las esencias se evaporan
Como del seno del alma
Nuestros ensueños de gloria.
Apercíbese la niebla
Que yace en la vega umbrosa,
Y levantándose al punto
Como una hada voladora
—¿Por qué os adornais? las dice.
—¿Porque se acerca la aurora!!!!

Pálida brilla en Oriente

La luz del alba que asoma,

Y la niebla va subiendo,

Va subiendo vagarosa:

Ya es vapor que de su seno

Vierte diáfanas gotas

Para cambiarlas en perlas

Sobre los lirios y rosas;

Ya celage caprichoso

Que toma diversas formas,

O ya recogida nube

Que en el cénit se coloca,

Esperando que la borde

La viva luz de la aurora.

Bien las oscuras montañas

Se dibujan y contornan

Sobre el diáfano horizonte

Que con su lumbre arrebola.

Ya baña el alto picacho,

Ya se extiende por las lomas,

Ya descansa en las colinas,

Ya se refleja en las copas:

Y así bajando.... bajando....

Va de la vega á la alfombra,

Hasta vestir de oro y púrpura

El cielo y la tierra toda,

Besa la frente del niño

Que duerme cual pura tórtola,

Y le despierta y le encanta,

Y le fascina y le arroba.

—¿Qué es esto?— así se pregunta.

Y nubes, flores y alondras

En coro alegre le dicen

Que aquella luz es la aurora.

En tan bello panorama

Su alma entonces se goza;

Todo le admira y deleita,

Revueltas ideas forja,

Y bueno el mundo contempla
Y luz y vida ambiciona.

Mas ¡ay! el sol se levanta...
Ya le ciega y le trastorna...
Aire busca y el ambiente
Le fatiga y le sofoca.
Maldita la lumbre sea
Del sol fatal que le acosa.
¡¡Si eres tan bella en la vida,
Por qué te alejas, Aurora!!!

José R. Garnelo.

REVISTA LOCAL.

La cuestión que en la actualidad se debate en todos los círculos, en el seno de todas las familias, cualquiera que sea su posición, es la de fèria.

Es, llamémosla así, la cuestión de Oriente de los cordobeses, por las graves dificultades que hoy entraña su solución, que no es otra que gastar, y gastar mucho.

Los jefes de familia, que en el seno de ésta desempeñan el importante papel de ministros de Hacienda, vienen dedicándose hace días á la enojosa tarea de formar y reformar sus presupuestos, comparando los de gastos con los de ingresos y dándose á todos los diablos al ver que en el presente mes han necesariamente de ofrecer los últimos un espantoso déficit, con motivo de las obligaciones que habrá de crear la calamidad denominada fèria.

Pero como esas obligaciones son sagradas y difícilmente se puede prescindir de ellas, hay necesidad de apelar al crédito para cubrir las, cuando no al *Monte de Piedad*, que es el *refugium* de los necesitados, si es que se puede disponer de algunas alhajas que representen triple capital del que se desea obtener.

La cuestión es buscar dinero á todo trance para poder, como vulgarmente se dice, echar la casa por la ventana en los días de fèria, aun cuando este despilfarro imponga, como expiación, grandes privaciones durante los doce meses que median entre una y otra fèria.

Vestir como príncipes, divertirse á toda vela, engullir como energúmenos, y beber hasta reventar: hé ahí los deberes que impone la fèria y que es preciso cumplir so pena de *quedar en ridículo*.

Y para todo esto se necesita dinero, á no ser que el que no lo tenga ni quiera buscarlo se encasquete la gorra ó haga un gran acopio de micos para obsequiar con ellos á todo el que se descuide.

*
*
*

Las fiestas que se preparan para la vecina fèria son: Juegos florales, baile y concierto en el *Círculo de la Amistad* y otro baile en el *Casino Industrial*.

En la plaza de toros, ya reconstruida, tendrán lugar dos corridas de idem, que se asegura serán muy buenas, con permiso por supuesto de los bichos.

Con este plausible motivo los taurófilos se bañan en agua de rosas.

La cosa no es ciertamente para menos.

*
*
*

En la anterior semana ha estado algo mas animado que de ordinario nuestro antiguo coliseo.

La apreciable actriz señora Urrutia estuvo á la altura de su merecida reputación artística en la ejecución del drama *Isabel la Católica*, puesto en escena á beneficio de la misma en la noche del Jueves, obteniendo uno de esos triunfos que añaden una hoja mas á la corona del artista.

De creer es que en lo que resta de temporada cómica veremos mas concurrido el principal teatro, pues si los que vivimos en la corte de Almanzor consideramos de mal gusto el asistir á aquel, no le sucede lo mismo á los forasteros que comienzan á visitarnos.

Así sea para bien... de la empresa.

*
*
*

Acaba de inaugurarse en esta capital

un casino que parece será el centro de los aficionados á los ejercicios hípicas y á las luchas taurómacas y gallísticas.

No nos parece mal.

Crear un centro de reunion y de inofensiva controversia tiene siempre algo de fecundo.

Nosotros, sin embargo, creemos que se hubiera ganado algo mas creando un Ateneo científico y literario.

Otros opinarán de distinta manera, y no nos disgustamos por eso.

Sabemos respetar todos los gustos y todas las opiniones.

Fierabrás.

LIBERTAD EN EL AMOR.

¡Amor! si siempre te canté orgulloso,
Nagué mi aplauso al apetito ciego,
Que con cadenas múltiples de fuego
Triunfa del pensamiento generoso.

Cambiar de la razon el fuero hermoso
Por vil placer y arrepentirse luego,
Es propio del mortal que sin sosiego
Rinde su frente al yugo vergonzoso.

Jamás el puro amor que el duelo aquietta
Y horizontes sin término ilumina,
Puede servir de ignominiosa meta.

El amor los derechos patrocina,
Conduce al bien, la libertad respeta,
Engrandece y mejora... ¡no asesinal

Julio de Equilaz.

22—Enero—68.

Á MI PERRO.

SONETO.

¡Por qué, Duque, corriendo desalmado
Y sin temer que el hambre te acosara
Abandonaste al dueño que te ampara
Teniéndote repleto y bien cuidado?

¡No temblastes al verte ¡desdichado!
Sin hogar que un abrigo te prestára?
¡Has visto, dí, que un hueso es cosa rara
Encuentre un perro como tú, menguado?

Hambre sufriste ya; dura tomiza
Ató á tu cuello juvenil pandilla,
Quizá despues de darté una paliza.

Mas si otra vez te escaparas, pobre tonto,
Acaso encuentras negra pelotilla

Que á tu perruna vida dé fin pronto.

J. M. Bello.

Puerto de Sta. Maria.

IDEAS.

Cae la semilla en la tierra,
germina y arroja un tallo
que dá luego flor y fruto
por el sol acariciado.
Semillas son las ideas
que dán frutos sazonados,
si la fé les dá su sávia
y calor el entusiasmo.

M. J. Ruiz.

BIBLIOTECAS EN LOS HOSPITALES.

Todo el que haya viajado por Inglaterra, habrá visitado los hospitales que para los enfermos de las distintas clases de la sociedad, hay establecidos en todas las poblaciones de alguna importancia.

Existen allí hospitales para los pobres que no tienen otro recurso en sus enfermedades; hospitales para el ejército y para la armada; hospitales destinados exclusivamente para los que sufren determinados padecimientos; y, por último, hospitales, tanto de la administracion, como fundados y sostenidos por sociedades particulares, que están destinados á personas ricas, que pagan un tanto diario, semanal ó anual, y que están cuidadas allí tan bien ó mejor que en sus propias casas.

A este objeto humanitario y caritativo hay destinados magníficos edificios, que algunos son verdaderos monumentos, como el que en Grenwich, á pocas leguas de Lóndres, existe para los marinos; allí hay salas y habitaciones perfectamente preparadas, segun las mas estrictas reglas de la higiene; personas que dedican su vida, mas por vocacion que por la retribucion que se les dá, á cuidar á los enfermos; y por último, los médicos mas distinguidos tienen á gala y á placer emplear con los enfermos de los hospitales toda su ciencia

y toda la práctica que en aquellos mismos locales han adquirido.

Pero no son ya solamente los socorros físicos y materiales los que reciben en Inglaterra los enfermos. Allí, donde tanta importancia se dá á la enseñanza y educación de todas las clases; allí, recordando indudablemente la admirable frase del Evangelio *non tantum pane vivit homo* (no sólo de pan vive el hombre), hánse establecido bibliotecas en todos los hospitales. Los convalecientes encuentran en estas bibliotecas consuelo y útil instrucción, que produce los mejores resultados, puesto que influye en la salud el estado de distracción del ánimo, y además salen de allí los enfermos con un grado mas de ilustración, con el cuerpo y el espíritu recobrados y mejorados.

Como todo el que puede en Inglaterra hace espontánea y noblemente por los demás cuanto está á su alcance, resulta que estas bibliotecas se han fundado, en su mayor parte, de donaciones hechas por particulares. Este es un ejemplo que nosotros desearíamos ver imitado en nuestro país, tanto en el asunto de que tratamos, como en otros muchos que lo necesitan grandemente.

MISCELÁNEA.

Hemos tenido el gusto de saludar en nuestra redacción á nuestro ilustrado y laborioso amigo el escritor montillano don Dámaso Delgado Lopez, á cuya amabilidad debemos una de las composiciones poéticas insertas en el presente número.

¿Qué siete cosas son peor que las siete plagas de Egipto?

Las siguientes: Oír cortar versos á Catalina. Cantar á Arderius. Ver la cara á Frontaura. Leer una crítica de Cañete. Un drama de Camprodon. Una carta de Carulla, y una comedia de Zumel.

—¡Pistonudamente bien!

*
* *

Se nos ha remitido la siguiente solución á la charada inserta en el número anterior:

Si primera y cuarta es *Bote*,
tercera con cuarta *Parte*,
y de tercera y segunda
la palabra *Tena* sale,
añádele la hortaliza
que *Nabo* han dado en llamarle,
y sacaremos eu claro
que tu *todo* es BONAPARTE.

Marcolfa.

Baena, 14.

CHARADA.

Con primera y cuarta
combina el poeta
charadas que tienen
segunda y primera.
Mas yo que á las nueve
no miro de cerca,
con muchos trabajos,
sudores y penas
hago lo que marcan
segunda y tercera.
Si á pesar de todo
algun mal tronera
después de leídos
mis versos ó versas,
la segunda y cuarta
conmigo desea,
diciendo que gracia
no tienen siquiera,
que no á mí me culpe,
sí á dos veces terciá
que con ceño adusto
la gracia me niega.
Pero si se obstina
en buscar quimera,
prima repetida
no lejos se encuentra
que al oír mis voces
vendrá con presteza
la terciá con cuarta
luciendo altanera,
y dirá que el *todo*
(por mas que mal puesta
esté esta charada)
esplica y demuestra
de una flor el nombre
que sabe cualquiera.

J. M. Bello.

Puerto de Sta. María.

Editor responsable, D. ABELARDO DIAZ.

CÓRDOBA:—1868.

Imprenta, librería y litografía del *Diario de Córdoba*,
San Fernando, 34.